

Columna



Elena Sabat Jara
Directora de Sede IPG Panguipulli

La alegría de la educación superior

Trabajar en el rubro de la Educación Superior, particularmente en el Instituto Profesional IPG en Panguipulli, ha sido una experiencia profundamente transformadora. Esta institución, desde sus inicios, ha tenido una vocación clara: llegar a aquellos rincones donde las oportunidades no tocan la puerta con frecuencia.

En un país que avanza a distintas velocidades, IPG ha decidido ser motor donde otros solo ven distancia y dificultades.

La verdadera satisfacción nace al ver cómo personas que viven los desafíos de la ruralidad –la distancia, la escasa conectividad, las limitaciones eco-

nómicas, la presión del entorno familiar– deciden todos los días apostar por el conocimiento. Llegan a clases después de largas jornadas laborales, con la convicción de que el futuro no es algo que se espera, sino algo que se construye.

Esas historias, reales y valientes, son las que dan sentido a nuestro trabajo, y nos recuerdan que la perseverancia puede más que cualquier obstáculo.

Después de años de esfuerzo compartido entre equipos académicos, administrativos y una comunidad que cree firmemente en la educación como herramienta de transformación, la mayor recompensa es ver a nuestros titulados abrirse camino

en escenarios que antes les parecían inalcanzables.

Ver cómo sus logros se traducen en movilidad social, en proyectos familiares que se concretan, en dignidad que se recupera, nos confirma que estamos en el camino correcto.

Porque la educación no cambia el mundo por sí sola. Cambia a las personas, y son ellas las que cambian el mundo. En contextos como el de Panguipulli, donde cada decisión de estudiar es un acto de coraje, lo que ocurre en cada aula es más que formación: es una revolución silenciosa, constante, poderosa y esperanzadora.